

lado del Atlántico se acogió de buen grado a los enviados por la Junta Central, mientras se rechazaban a los enviados por Napoleón Bonaparte.

Es indudable, sin embargo, que tanto Francia, como otras potencias europeas, que veían con malos ojos la dominación española en las Américas Central y del Sur, comenzaron a enviar agentes y comisionados que fueran creando un mal clima contra los gobernantes peninsulares, y que fomentaran la secesión de aquellos territorios. Pero, incluso, hubo apoyos explícitos españoles a dicha independencia, como la arenga del poeta Quintana a la misma, algún manifiesto de las Cortes de Cádiz, o el definitivo levantamiento de Riego, incumpliendo su labor de reunir las tropas en Cádiz para enviarlas a América y combatir eficazmente el levantamiento.

No obstante, las Cortes de Cádiz, el 15 de octubre de 1810, decretaron que los dominios españoles de América y Europa constituían una sola monarquía, una sola nación, reconociendo la igualdad de derechos de los naturales de unos y otros territorios (Aguado y Alcázar, 1981, 613).

La situación en Nueva España era harto complicada. La ausencia del monarca, por su traslado a Bayona, hacía que se interpretara la situación como de vacío institucional, ya que las Leyes de Indias, ligaban los territorios americanos a la corona, y no directamente a la nación española. De ahí que acabase formándose una Junta de Notables, que debatió la acefalia en que quedaba la nación, declarando el licenciado Francisco Primo-Verdad que en ausencia del rey se “devolvía al común del pueblo el uso de su plena soberanía”. Al propio Virrey don José de Iturrigaray le pareció aceptable la fórmula (septiembre de 1808) pero hubo una reacción contraria que ordenó su prisión el 15 de septiembre de 1808, y la sustitución en el cargo del mismo por el mariscal de campo Pero Garibay, ya septuagenario. A pesar de que éste fue sustituido por el arzobispo de México (desde 1803) don Francisco Javier de Lizana y Beaumont el 19 de julio de 1809, el nuevo mandatario tampoco llegó a hacerse obedecer, hasta el punto de que hubo conspiraciones revolucionarias en México, Valladolid y Querétaro. En 1810, tras el paso del poder, en mayo, a la Audiencia, y de ésta al Consejo de Regencia, se le relevaría por don Francisco Javier de Venegas, conde de la Reunión, que llegó a México el 14 de septiembre. Y fue entonces, dos días después, el 16 de septiembre, cuando el cura de la localidad de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, se levantó en armas, uniéndosele algunas tropas españolas en la insurrección, y capturando Guanajuato con 20.000 hombres a su mando.

El levantamiento, según el clérigo, se hizo a favor de Fernando VII y contra Napoleón, enemigo de Dios y de la Santa Iglesia, lo que hizo aumentar su partida notablemente por gentes bien intencionadas. Es verdad que pronto el brigadier Félix María Calleja del Rey (1750-1828) controló la incipiente revuelta, a pesar de las fuerzas que sumaban el propio cura Hidalgo y los capitanes Allende y Aldama, factores que habían sumado los regimientos españoles de dragones de la Reina y el del Rey al levantamiento. Las fuerzas levantadas eran considerables, hasta unos 93.000 hombres fanatizados, pero sin disciplina ni orden alguno, y así fueron eficazmente derrotadas por los sólo 8.000 hombres de Calleja en la batalla de Aculeo y la del puente de Calderón, cerca de Guadalajara. Hidalgo e Ignacio Allende huyeron hacia los Estados Unidos, siendo detenidos cerca de Saltillo, y fusilados el 30 de junio de 1811. En este primer periodo de anarquía, los levantamientos populares contaban con una buena porción de indígenas que entraban a la batalla con el grito de *¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!*

Y lo que son las cosas, unos años antes, el 9 de octubre de 1800, varios de estos mismos protagonistas habían coincidido en unas fiestas de toros. Se había previsto recabar fondos para el Santuario de la Virgen de Guadalupe, en San Luis de Potosí, para lo cual se pidieron toros a varios hacendados de la región. Era Comandante de la Milicia de la región el coronel —todavía— don Félix María Calleja del Rey, que dispuso que la tropa hiciese el despeje de la plaza, como se hacía habitualmente en España, al frente de la cual iba el capitán don Ignacio Allende. Se hicieron solemnes funciones religiosas, en forma de Triduo. El primer día cantó misa el sacerdote don Miguel Hidalgo y Costilla, que a la hora de la corrida ocupaba un puesto en el palco presidencial, junto al Teniente Letrado Intendente interino de la provincia, don Vicente Bernabeu y al coronel Calleja. Las funciones discurrieron con toda tranquilidad, y Bernabeu informaba al Virrey Marquina, que “...a estas funciones concurrió infinito y nunca visto número de gentes de lugares aun muy distantes, como V.E. conjeturó, ningún desgraciado acontecimiento se experimentó, sino un sosiego y tranquilidad continuos” (Rangel, 1924, 312-315).

A la vez en el sur del Virreinato se levantaba otro cura, el de Carácuaro, don José María Morelos y Pavón, nacido en Valladolid de México, hoy llamada Morelia, que fue vaquero en su juventud. Al contrario que Hidalgo, supo extender su campaña durante tres años —hasta 1814— con una fuerza mucho más reducida —de unos 6.000 revolucionarios— pero mejor armados y adiestrados. No

obstante, de unos iniciales triunfos, Calleja, que en 1813 había sustituido en el cargo al virrey, y que había sido nombrado conde de Calderón, mandó en su contra a los coroneles Itúrbide y Llano, que le derrotaron en Peruarán el 4 de enero de 1814. Finalmente, a principios de 1815 fue sorprendido en Texmalaca por tropas españolas al mando del coronel Concha, el 5 de noviembre de ese año, fusilándole a los pocos días el 22 de diciembre. Antes había llegado a proclamar una constitución, a imagen de la Pepa, en la que declaraba que la “Nueva España o América era libre e independiente”, afirmando la posición de la Iglesia católica y la reintroducción de los jesuitas expulsados en 1767. En el norte, el teniente Ignacio López Rayón, que había sido subordinado de Allende, también se levantó en armas en la zona de Saltillo, montando su cuartel general en Zitácuaro, en el estado de Michoacán, donde se mantuvo hasta enero de 1812.

A pesar del retorno de Fernando VII al trono, tras la Guerra de la Independencia, en 1814, los levantamientos se extendían también por otros territorios americanos con mejor fortuna para los secesionistas, que lograron, por la batalla de Boyacá (1818) independizar Nueva Granada y la pérdida de Chile para la corona de España. Un ejército se formó en la península, durante 1819 para contrarrestar estas importantes pérdidas, que habría de embarcar hacia las Indias Occidentales a principios de 1820, pero el levantamiento del comandante Rafael de Riego en Cabezas de San Juan (Sevilla) el 1 de enero de 1820 dio al traste con toda la operación, provocando la caída del gobierno de Madrid, y la llegada al poder de los liberales más funestamente progresistas. El nuevo gobierno no dio instrucciones precisas de cómo combatir a los secesionistas americanos, entre otras cosas porque se hallaba notablemente influido y formado por miembros de logias masónicas, como también lo habían sido Bolívar, San Martín y otros varios de los secesionistas americanos a su paso por Cádiz. Se trató de buscar una conciliación entre los intereses de los revolucionarios americanos y los nuevos revolucionarios españoles, consiguiendo tan sólo aumentar la pérdida de territorios en América. El general Morillo, conde de Cartagena, entabló por ello conversaciones con Bolívar y tras tres meses de tratos se firmaron dos tratados: el primero establecía un armisticio de seis meses, y el segundo constituía las bases para atenerse a “los principios más liberales y filantrópicos” de las naciones más cultas y avanzadas. Los americanos enviarían a España comisionados y Morillo, con ello, lograba evitar el reconocimiento de gobierno insurrecto alguno.